

# El sentimiento cristiano en Mariátegui y Vallejo

Luis Rivas Rivas\*

Se ha estudiado prolijamente la obra de Mariátegui y la de Vallejo, pero suele soslayarse, en ambos, un ingrediente central de su cosmovisión: su sentimiento cristiano. Si en el caso de Vallejo podemos citar algunos –muy pocos– críticos que han abordado el tema, en el de Mariátegui no conocemos ninguno. Sin embargo, aquel sentimiento fue hondo y permanente en José Carlos). Así se advierte en diversos escritos del Amauta, entre ellos: el *Elogio de la celda ascética* (1916), soneto que María Wiesse recoge en su biografía de Mariátegui (1959; pp. 16 y 17); en *La vida que me diste*, hermoso y conmovedor texto que dedicó a su esposa en 1926 y ha sido incluido en el libro citado y en *La novela y la vida* (pp.: 93 y 94); en el certero análisis que realiza del poema de Vallejo, titulado *Dios (Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928); en su vigorosa crítica contra quienes escribían carteles contra la religión, sin haber comprendido todo su sentido y su trascendencia (1928).

Por eso, su biógrafa María Wiesse llega a llamarlo “místico” (desde luego, usando el vocablo en sentido lato). Y comentando el retiro que hizo Mariátegui en 1916 en el Convento de los Descalzos, escribe:

*Y de estos días de meditación y de soledad trae un soneto que aquí transcribo para mostrar una modalidad del espíritu de Mariátegui. Místico será siempre... Místico tenía que ser este hombre apasionado, fervoroso, convencido y sincero. Dios no estará nunca ausente de él, pero ya no buscará a Dios en la plácida soledad de la celda, como lo hizo a los diecinueve años. Buscará a Dios en el dolor del hombre y en la angustia del mundo.*

A continuación, la escritora cita el soneto que Mariátegui escribió después de su retiro. Aquel poema lleva como título ***Elogio de la celda ascética***:

*Píadosa celda, guardas aromas de breviario, / tienes la misteriosa pureza de la cal / y habita en ti el recuerdo de un Gran Solitario / que se purificara de pecado mortal // Sobre la mesa rústica duerme el devocionario / y dice evocaciones la estampa de un misal; / San Antonio de Padua, exangüe y visionario / tiene el místico ensueño del Cordero Pascual. // Cristo Crucificado llora ingratos desvíos, / mira la calavera con sus ojos vacíos / que fingen en la noche una inquietante luz. // Y en el rumor del campo y de las oraciones / habla a la melancólica paz de los corazones / la soledad sonora de San Juan de la Cruz.*

En 1924 Mariátegui sufre un nuevo recrudecimiento del mal que lo afectaba. Los médicos se ven obligados a amputarle la pierna que le permitía desplazarse. Operan sin anestesia, pues el enfermo estaba inconsciente. Ya desde su temprana infancia – siete años de edad– el niño José Carlos había empezado su martirio y frecuentado hospitales. A los 9 años tuvo que ser operado y, como ya no soportaba el cloroformo, pidió que no lo durmieran. Soportó el dolor “con todo el valor de un hombre a quien no le importa sufrir”.

Recordamos estos hechos para comprender mejor el sentido del texto *La vida que me diste*. Escrito en 1926, sus líneas, tan emotivas, están dedicadas a su esposa Ana Chiappe, a quien Mariátegui había conocido y desposado en Florencia durante su estada en Europa (1919-1923). Desde su retorno al Perú ella había sido su asistente, su enfermera, la compañera a la que él llama “el designio de Dios” porque su ternura angelical le había ayudado a soportar las dolencias y operaciones que sufrió en los últimos años de su vida, padecimientos que no impidieron que aquella etapa fuera la más fértil y admirable en ese espíritu superior que fue José Carlos Mariátegui. En 1926 Ana le había dado tres retoños (no había nacido aún el cuarto). La sacrificada vida que hubo de llevar al lado del Amauta ya empezaba a dejar sus huellas en el otrora lozano y sonrosado de la bella toscana. Por eso, escribe José Carlos en aquel texto memorable:

***La vida que me diste:*** *Renací en tu carne cuatrocentista como la de la Primavera de Botticelli. Te elegí entre todas porque te sentí la más diversa y la más distante. Estabas en mi destino. Eras el designio de Dios. Como un batel corsario, sin saberlo, buscaba para anclar la rada más serena. Yo era el principio de muerte; tú eras el principio de vida. Tuve el presentimiento de ti en la pintura ingenua del cuatrocientos. Empecé a amarte antes de conocerte, en un cuadro primitivo. Tu salud y tu gracia antiguas esperaban mi tristeza de sudamericano pálido y cenceño. Tus rurales colores de doncella de Siena fueron mi primera fiesta. Y tu posesión tónica, bajo el cielo latino, enredó en mi alma una serpentina de alegría. Por ti, mi ensangrentado camino tiene tres auroras. Y ahora que estás un poco marchita, un poco pálida, sin tus antiguos colores de Madonna toscana, siento que la vida que te falta es la vida que me diste. (José Carlos Mariátegui).*

Si otros textos nos ilustran sobre su destacado rol de ensayista y de político, este que comentamos nos permite conocer al José Carlos más entrañable, aquel que en su camino ensangrentado no tuvo otra fuente de gozo más grande que el amor de su esposa. Por eso, ve en ella el “designio de Dios”.

La esclarecedora cala que Mariátegui realiza en la poesía de Vallejo, particularmente en su poema *Dios*, nos ilustra, simultáneamente, con nitidez

meridiana, sobre el entrañable sentimiento cristiano del poeta y del crítico. Veamos ahora el caso de Vallejo.

Rasgos muy gravitantes en la hondura y la intensidad de la poesía vallejana son sus frecuentes alusiones a la pasión de Cristo. Reminiscencias de lecturas bíblicas afloran en sus versos. Explícitas o subyacentes. Temáticas o como ingredientes metafóricos y simbólicos. Desde el poema inicial, un verso referente al sufrimiento humano (*las caídas hondas de los cristos del alma*) allega ecos de la vía dolorosa del Redentor hacia el Calvario. Y en el título del último poemario palpitan resonancias trémulas del Getsemaní: *España, aparta de mí este cáliz*.

Veamos algunos ejemplos: *Dulce Corona de una testa inmensa, / que te vas deshojando en sombras gualdas! / Roja corona de un Jesús que piensa / trágicamente dulce de esmeraldas. (Deshojación sagrada); ¡Oh, unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno por todos! / Amor contra el espacio y contra el tiempo! / ¡Un latido único del corazón ; / un solo ritmo : Dios. (Absoluta); / Y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado / y que hay un viernes santo más dulce que ese beso. (El poeta a su amada); Oh sol, llévala tú que está muriendo / y cuelga, como un Cristo ensangrentado, / mi bohemio dolor sobre su pecho. (Oración del camino); Padre, aún sigue todo despertando; / es enero que canta, es tu amor / que resonando va en la Eternidad. (Enereida).*

Versos como éstos revelan cuán arraigadas estaban en Vallejo las enseñanzas de la Biblia. Sin embargo, enfrentado con la experiencia del dolor humano –tema central de su poesía–, algunos versos se impregnan de amargura. Esta circunstancia es aprovechada por quienes se esmeran en difundir *Los dados eternos* pero ocultan el poema *Dios*, en el que Vallejo rectifica el anterior.

Mariátegui, en sus *Siete ensayos*, realizó un certero deslinde entre estos dos poemas y nos dice: “En *Los dados eternos* el poeta se dirige a Dios con amargura... Pero el verdadero sentimiento del poeta, hecho siempre de amor, no es éste. Cuando su lirismo, exento de toda coerción racionalista, fluye libre y generosamente, se expresa en versos como éstos...” (Cita el poema *La de a mil*, p. 314).

También precisa Mariátegui: “Vallejo siente todo el dolor humano. Su pena no es personal. Su alma está ‘triste hasta la muerte’ de la tristeza de todos los hombres. Y de la tristeza de Dios, porque para el poeta no sólo existe la pena de los hombres. En estos versos nos habla de la pena de Dios”. A continuación cita el poema *Dios*:

*Siento a Dios que camina / tan en mí, con la tarde y con el mar./ Con él nos vamos juntos. Anochece. / Con él anohecemos. Orfandad... // Pero yo siento a Dios. Y hasta parece / que él me dicta no sé qué buen color. / Como un hospitalario, es bueno y triste; / mustia un dulce desdén de enamorado:/ debe dolerle mucho el corazón. // ¡Oh, Dios mío, recién a ti me llego, / hoy que amo tanto en esta tarde; hoy /*

*que en la falsa balanza de unos senos, /mido y lloro una frágil Creación. // Y tú, cuál llorarás ... tú, enamorado / de tanto enorme seno girador... / Yo te consagro Dios, porque amas tanto; / porque jamás sonríes; porque siempre / debe dolerte mucho el corazón (p. 313).*

El poema *Los dados eternos* revela que el hombre, frente al dolor, tiene un límite, allende el cual se quebranta y obnubila. La Biblia misma nos surte ejemplos. Job sufrió terribles tragedias sin dejar de bendecir y agradecer a Dios por todo. Pero, cuando llega a su punto límite, exclama: “Perezca el día en que nací. Perezca la noche en que fui concebido”. Y Jesucristo, Dios-Hombre en voluntario sacrificio por amor a la humanidad, clama, desde la cruz del Gólgota: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?”.

Y precisamente a la luz de la pasión de Cristo, Vallejo sustenta su concepción de un Dios sufriente que “ama tanto” y “debe dolerle mucho el corazón”. Desde su infancia, el poeta (como Benítez, personaje de *Tungsteno*), “hojeaba el Evangelio según San Mateo, un librito fileteado en oro, que su madre le enseñó a amar en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos”.

José Castañón dice : *Sublime Vallejo, creador de una simbología cristiana, que ya se respira en las emociones primeras de Los Heraldos Negros ... En adelante, invoque a Dios o no lo invoque, llevará siempre su aroma y estará en él –en Vallejo– hasta en su esdrújulo retiro. (Pasión por Vallejo).*

Uruguay González, asiduo lector de Vallejo, expresa, en un poema, una intuición muy próxima a la de Vallejo: “*Dios es amor*”, dice el Libro. /¿Qué solo has de estar, Dios mío! / Yendo por ese camino, / pienso encontrarme contigo.

En *Cómo leer a Vallejo*, comenta Alberto Escobar : *Recuérdese la contagiosa y conmovedora ternura de aquellos versos en que Vallejo confía la vecindad con que conoce a Dios; ... el Ser Divino padece por sus criaturas, y emerge precisamente a causa de ello, su pesar incesante, al comprender que el hombre sigue sufriendo. Dios también sufre, pues, de amor, como el hombre; y por amor al hombre.*

Y Alejandro Lora precisa: *La obra poética de Vallejo gira, primero, en torno de un redescubrimiento de Dios en el reino de la infancia... La santidad de Dios, para Vallejo, radica en su inexplicable pero visible capacidad de sufrimiento; en el milagro propio de Jesús, de querer ser –obedeciendo al Padre, pero eligiendo libremente el martirio, el Gólgota– el Hijo del hombre. Vallejo no ha podido apartarse en ninguna situación de su vida, de su casi física aproximación a Dios. En las más precarias horas de su existencia, en los rincones más oscuros de la tierra, Dios, Cristo, el Señor, está presente en él (Hacia la voz del Hombre).*

Y Georgette, viuda del poeta, ha registrado estas palabras de Vallejo en la Clínica de Arago, dos días antes de su muerte: “Cualquiera que sea la causa que yo deba defender ante Dios después de mi muerte, sé que tengo un defensor: Dios mismo”.

\*Escritor, profesor USAT